

Manuel José de Lara Ródenas, *José Isidoro Morales. De Andalucía a París: la vida del padre de la libertad de imprenta*, Sevilla, Fundación Centro de Estudios Andaluces, 2016, 400 pp., ISBN: 978-84-944563-7-4.

GONZALO BUTRÓN PRIDA

La publicación de la concluyente biografía de José Isidoro Morales (Huelva, 1758-París, 1818) realizada por Manuel José de Lara Ródenas aporta nuevas claves de interpretación al conocimiento de las elites políticas y culturales de los años finales del Antiguo Régimen en España, así como de su reacción ante la grave crisis abierta a partir de 1808. Por un lado, la profundización en la figura de Morales nos acerca a la generación de ilustrados que vivió el final del reinado de Carlos IV y nos pone de manifiesto, en concreto, la relevancia de su actividad científica y su capacidad de participar en la construcción de un nuevo orden, como fue el caso de la propuesta de Morales respecto a la libertad de imprenta. Por otro lado, el estudio de la evolución política del clérigo onubense también aporta nueva luz sobre el complejo fenómeno del afrancesamiento, que ha sido objeto de una renovada atención historiográfica en los últimos años gracias a los rigurosos trabajos publicados en España por, entre otros, Juan López Tabar, así como a las aportaciones de hispanistas como Jean-Philippe Luis y Jean-Baptiste Busaall.

De igual modo, el estudio de Lara Ródenas se inscribe en la rehabilitación del género biográfico, que ha pasado en pocos años de ser denostado como representante de la historiografía más rancia a ser admitido como uno más de los ejes interpretativos de la Historia en la actualidad, dando lugar a una amplia serie de estudios biográficos. Entre estas últimas se encuentran, además, algunas que han elegido como objeto de estudio a otros insignes afrancesados, como es el caso del perfil de Francisco Amorós trazado por Rafael Fernández Sirvent en 2005 o el de Alejandro Aguado analizado por Jean-Philippe Luis en 2009.

Al igual que otros afrancesados, y en general como el conjunto de los españoles, Morales vivió el proceso de hundimiento del Antiguo Régimen en España y, con él, la ruptura de todas las certezas sobre las que se fundaba el orden político y social en el que habían nacido y se habían educado. Como sabemos, la respuesta a la desaparición del mundo conocido, a la quiebra del universo mental de toda una generación, no fue unánime. Se abrieron distintos horizontes de futuro y, lo que

es aún más importante para comprender la aparente incoherencia de las posturas adoptadas por muchos españoles, se dibujaron escenarios nuevos en los que había que aprender a moverse sin apenas tiempo de reflexión.

Unos reaccionaron a la incertidumbre aferrándose a la defensa de lo conocido, con la esperanza de que aún fuera posible retornar al punto de partida; otros, por el contrario, por convicción o por inercia, comprendieron y aceptaron que no había vuelta atrás y que era mejor aceptar los cambios y tratar de ajustarlos, en lo posible, a sus ideas e intereses. En este segundo grupo se encuentran los afrancesados, que apostaron por la promesa de orden social y estabilidad política que representaba el proyecto bonapartista, con la esperanza de que guiara la necesaria modernización de España. La apuesta resultó fallida y les valió la tacha de la traición, que los persiguió en el exilio y los acompañó en el regreso a pesar de todos sus esfuerzos justificativos y de que sus propuestas postrevolucionarias acabaron siendo asumidas en buena medida por el liberalismo español decimonónico.

Esta complicada encrucijada vital marcó la actitud de José Isidoro Morales ante la grave crisis abierta en 1808. Si hasta el comienzo de la Guerra de la Independencia Morales había sabido moverse con acierto en los entornos de poder definidos por el Antiguo Régimen, a partir de 1808 participaría en los dos procesos abiertos como alternativa a la crisis, el conocido como “patriota” y el afrancesado.

Este recorrido sinuoso podría tacharse de incoherente en otros casos, pero no en el de Morales, a quien la crisis le sorprendió en plena madurez, recién cumplidos los cincuenta años, de ahí la importancia del riguroso análisis que hace Manuel José de Lara de la trayectoria vital de Morales, a la que dedica gran parte de su documentada biografía. En concreto, tras un primer capítulo que dibuja su entorno social y familiar, el autor consagra cuatro capítulos clave a la comprensión de la formación moral e intelectual del clérigo onubense, que lo llevó a formar parte de una generación de ilustrados que pudo desarrollar sus ideas en los años finales del reinado de Carlos IV, en los que el mantenimiento del orden político tradicional fue compatible con el avance en el ámbito de las ciencias y las letras. En este contexto, Morales gozó en Sevilla y Madrid de la protección de la Corte de Carlos IV y del propio Godoy y se distinguió en el campo de la pedagogía y las matemáticas, logrando que su *Memoria matemática sobre el cálculo de la opinión en las elecciones* (Madrid, 1797) trascendiera las fronteras españolas y ocupara un lugar propio en el marco intelectual europeo en el tránsito del siglo XVIII al XIX.

La encrucijada de la guerra es abordada en los capítulos sexto y séptimo, que reflejan las dificultades de las elites formadas para tomar partido por cualquiera de las alternativas al antiguo orden abiertas por la crisis. En un principio, y una vez confirmada la hostilidad del hasta entonces aliado francés, Morales participó en el proceso de renovación y modernización que acompañó la articulación de la resistencia al dominio napoleónico. De este modo, fue nombrado, con el

patrocinio de Jovellanos, vocal de la Junta de Instrucción Pública creada por la Junta Central Suprema de Sevilla, a la que contribuyó con su *Memoria sobre la libertad política de la imprenta* (Sevilla, 1809), que ya fue objeto de interés y estudio de Manuel José de Lara, como también, más recientemente, de Manuel Peña Díaz. Sin embargo, el compromiso de Morales con el bando “patriota” se quebró en febrero de 1810, cuando, a diferencia de otros tantos, no abandonó Sevilla antes de la entrada de las tropas francesas. Es más, se llegó a convertir en colaborador de la administración bonapartista e incluso ejerció, como señala Lara Ródenas en el capítulo séptimo, como portavoz de Soult en Sevilla. Considerando inútil la resistencia, Morales se identificó con el régimen francés pues entendía, como llegó a manifestar en el sermón que pronunció en Sevilla con motivo del cumpleaños de Napoleón, que el acercamiento a Francia garantizaba el orden y la estabilidad, condiciones básicas para la deseada modernización.

La apuesta realizada en 1810 resultó fallida y Morales pagó un alto precio por ello. Permaneció en Sevilla hasta el último día y después peregrinó por toda España rumbo a Francia, donde murió en 1818 tras una difícil existencia, complicada aún más por el peso de la tacha de traición que persiguió a los afrancesados.

En definitiva, debemos felicitarnos por la publicación de este completo estudio que, a través de la figura de José Isidoro Morales, nos despeja un poco más el espectro interpretativo de un período tan complicado como el de la disolución del antiguo orden, aún más por la perspectiva biográfica adoptada por el autor, que nos acerca a las respuestas articuladas por los españoles ante el encuentro de un mundo conocido que se disolvía y otro incierto que emergía.